

La cultura, bajo la lluvia

Iba a llover. Los ojos de los editores, de los libreros, de los distribuidores, de los agentes literarios, de los escritores recorrían los pasillos de cielo que enmarcan los desfiladeros racionalistas del ensanche barcelonés. A pocas horas del inicio del día del libro, la amenaza de lluvia sólo era sustituida por la lluvia misma, intermitente. Desde hacía varios días se habían sucedido los actos previos a la proclamación de la primavera cultural: el Día del Libro y de la Rosa, el día de Sant Jordi. Mal año para Sant Jordi el que va desde abril de 1970 a abril de 1971. Se ha confirmado que Sant Jordi nunca existió.

Días antes, en los locales de Edicions 62, José María Castellet presentaba los libros en lengua catalana que su editorial iba a lanzar el Día del Libro: desde los poemas completos de Agustí Bartra (recién vuelto del exilio y, por tanto, «corazón recuperado») hasta las escrituras de Felip Formosa sobre teoría teatral, pasando por los nuevos poemas de Vallverdú o el estudio del P. Batllori sobre vida cultural catalana. A continuación pasamos las restantes cuentas del rosario de las editoriales de la ciudad. Parecía como si florecieran las artes y las letras en la corte de Federico II de Sicilia. Entre las excepciones de lo que iba a ser publicado y no se publicaba, otro libro de Francisco Candel en el «secadero». En cambio, salía del «secadero» Rodríguez Méndez, tras unos cuantos años de incomunicación administrativa. Su libro se titula «Los telecictos», y es una ensalada de palos sobre el turbio asunto televisivo.

Castellet presentaba su libro del concurso Taurus «Medio millón para el mejor». En el acto social de la presentación actuó como introductor el director literario de Taurus, Jesús Aguirre, y como presentador-mantenedor Mario Vargas Llosa. Fue un excelente cóctel, que pasará a la historia de la cultura barcelonesa por la excelencia de los canapés y la generosidad en el whisky. Al día siguiente, en Dopesa, Cantarero del Castillo presentaba su obra *Tragedia del socialismo español*. Cantarero fue introducido, así como los restantes autores de Dopesa, por Sempronio, que nunca fue escritor trágico ni socialista. Es más, Sempronio se definió

apolítico; profesión con menos futuro aún que la de político. El señor Auger, hasta hace pocos meses omnipotencia suma de Mundo Internacional y de Dopesa, asistía al acto y nuevamente se le lanzaron indirectas sobre su ministrabilidad. Es el segundo acto al que asisto en los locales de Dopesa, y en ambos distintos presentadores han tratado de sacarle los colores políticos a Sebastián Auger. Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe, y es posible que algún día el señor Auger sea ministro por aclamación.

Habían llegado a Barcelona escritores de todos los hombres y las tierras de España. Siempre bajo la amenaza de la lluvia, editores, libreros, autores, distribuidores, agentes... seguían mirando el cielo con incómodos presagios. Las ventas del Día del Libro significan a veces la posibilidad de que sobreviva una librería, y siempre la única posibilidad del superávit del balance anual. Entre los escritores llegados estaba una nutrida representación de la escuela sevillana: Grosso, Ferrán, Antonio Burgos, Manolo Salado. Este es el último eslabón de la Escuela de Sevilla: un finísimo novelista intimista, también promocionado por el señor Lara.

Carlos Barral pasaba en casa a Bryce Echenique y a Barnatán. Echenique se parece a uno de los actores de «Los siete magníficos» y Barnatán tiene cara de señorito malo de película argentina protagonizada por Zully Moreno. Echenique es el autor de *Un mundo para Julius*, excelente novela que muy bien hubiera podido escribir Ana María Moix, si fuera peruana.

BALTASAR PORCEL SE CONFIESA

Cuando sonaron los doce campanadas que nos introducían en el día señalauo, en una nave anclada bajo la lluvia, frente al Drugstore, se inició un debate sobre tema casi desconocido, protagonizado por gentes que lo desconocían. Como espectadores asistían los de siempre, pero uno diría que no eran los de siempre. Se manifestó un hondo cansancio a lo largo de las dos horas de forcejeo, un cansancio que los espectadores habían traído y se volvieron a llevar. Apenas si nadie reaccionaba ante las majaderías o las sublimidades, y en esta deserción correctiva del público se hizo posible la confesión de Baltasar Porcel, que alcanzó niveles de dramatis-
malentes a los de la

protagonista central de ¿Quién teme a Virginia Woolf?

Grosso clarificó sus ya conocidas apreciaciones sobre la literatura latinoamericana. Porcel se mostró un tanto desdoso con todo que no fuera Salvador Espriu, Pere Quart, Lluçiana Canyà, Cecilia A. Mantua, Folch i Torres y Lo Gaiter del Llobregat. Antonio Burgos pidió «un poco más de respeto para el subdesarrollo andaluz», y Juan Marsé pidió al camarero que le llenara la copa vacía. El camarero contestó que no era el momento.

Llegó el momento de la copa cuando ya se despoblaba la nave fantasma, bajo la lluvia. Los asistentes comentaban en corrillo diversas fases del tedioso lance, y los agentes de la autoridad pedían explicaciones a Baltasar Porcel sobre determinadas significaciones de su confesión de principios. Castellet juraba que era el último coloquio de este tipo al que asistía. El público «de base» hablaba de los temas más habituales en las conversaciones culturales barcelonesas de estas últimas semanas: el conflicto entre los redactores de la Gran Enciclopedia Catalana y la Banca Catalana o el más que posible alejamiento de Rosa Regàs de Edhasa, en compañía de buena parte del personal directivo.

Algún escritor catalán llevaba encajado en el pecho una etiqueta en la que se protestaba por el cese factual de los productores culturales de la Enciclopedia Catalana. Marsé, alentador de leves conatos de contestación «anti-show», se quejaba amargamente de lo mal que había ido el asunto de las copas. Sólo dos señoras con «shorts», un señor vestido de blanco y un japonés.

LAS FIRMAS

Lluvia al día siguiente. Pero tampoco era una lluvia constante, por lo que muchas librerías repitieron varias veces el juego de montar y retirar los puestos de venta callejera.

Uno de los ingredientes del día es la exhibición de los autores, la firma de ejemplares por parte de sus «escribidores». Por tribus culturales, los escritores iniciaban el vía crucis sobre las doce del mediodía, permanecían una hora de exposición de encantos en cada librería, obtenían los favores de algunos clientes, comían en comunidad tribal y repetían el comercio de su cuerpo durante toda la tarde.

Hubo editoriales que montaron el servicio mejor que

otras. Por ejemplo, cierta editorial puso coche y chófer a disposición de cada uno de los autores exhibidos. En otros casos, los propios autores tenían que presentarse al llegar a las librerías: «Oiga, yo soy escritor y vengo a firmar». «Muy bien, póngase por ahí, donde no moleste». En algunas librerías invitaban a vino bueno. En otras, a patatas fritas. En otras, a nada.

Casi todos los autores llevaban el traje nuevo; muchos, corbata. Incluso me pareció que alguno iba maquillado. Los altavoces de las librerías pregonaban la mercancía: «En estos momentos les firmará y les sonreirá Fulano de Tal, autor de etcétera, etcétera...». Pero, de hecho, los únicos autores que se pusieron morados de tanto firmar fueron, como siempre, Perich y Carandell. Hasta tal punto era obsceno el exhibicionismo firme de Perich y Carandell que en unos grandes almacenes dos autores no firmantes que les acompañaban se marcharon despechados y exclamaron en dirección a los triunfadores: «Que aproveche».

Ya entrada la tarde se sabía lo mismo que el día anterior: *Love Story* era el libro más vendido, y a continuación, *Autopista*, de Perich. El excelente humorista juraba que después de tanto trajín comercial se retiraría una semana al agro. No faltaban hijos de su madre que le felicitaban por compartir con *Love Story* la cabeza del cartel. Para olvidar, Perich se dedicó a la bebida; no paró de consumir agua tónica.

Los distribuidores tenían el ceño grave al atardecer. Se había vendido poco. En ocasiones, para compensar el desastre del autor que no había firmado ni un libro, los propios distribuidores, gente de buen corazón, se hacían firmar ejemplares. Según parece, esta fiesta del libro representa la cumbre en cuanto a la inflación de títulos. Hay tantos títulos nuevos como habitantes de Guadalajara. Lo cual puede trasladarse en que cada uno de los habitantes de Guadalajara es autor de un libro.

La lluvia contribuyó a que la gente comprara menos que otros años. Por eso el INLE accedió a que el más soleado día siguiente, sábado, siguiera siendo Día del Libro. Pero la única fuerza de este día es la derivada de su ritualidad; la liturgia señala que el día en que hay que comprar libros es el 23 de abril, y el 24, es evidente, no es el 23. Poco añadió el 24 a lo que se hizo el 23.

Al caer la noche del 23 había rictus de zozobra en las facciones de los distribuidores. Los jefes de venta no quitaban ojo a los caballos más rentables, espolcados una y otra vez a ir de una a otra librería. Ana María Moix, que presentaba *No time for flower*, pedía almejas, patatas fritas y aceitunas rellenas, todo con whisky, en los bares que jalonaban el vía crucis. Terenci Moix, siempre acompañado por Montserrat Roig, la última novelista catalana aparecida en el mercado, seguía redactando dedicatorias escandalosas, pías o confidenciales, según el demandante. Castellet descubría, ya vencido definitivamente el día, que no habían distribuido su libro sobre Espriu y que había hecho todo el vía crucis en balde.

DE RETIRADA

De cara a la pared de la madrugada, desperdigados los protagonistas del Día del Libro, les encontrabas en las cafeterías y en los bares, apuntalados por su cansancio y por un vaso, dispuestos a decir que el día había sido un asco, que sólo faltaba la lluvia y que iban a cambiar de oficio. Sin saber cómo, todos habíamos penetrado en el tinglado de esta absurda operación cultural comercial, orquestada en realidad a mayor gloria de *Love Story*. Lo único positivo del día es la venta masiva de *Autopista*, de Perich, una de las obras más decentes de los últimos treinta años de Días del Libro.

La palabra cansancio sirve como justo balance valorativo de todo lo que ha dado de sí este día. Los editores no industriales están cansados, los autores, también; los distribuidores, incluso, los lectores. La inflación libresco se revela tan siniestra como la parquedad anterior, la desidia y el desinterés con su consecuencia. Los auténticos problemas culturales que el día ha dejado colgados son esos ciento cincuenta y largos asalaridos de la cultura que se han quedado en la calle como consecuencia del extraño lío de la Gran Enciclopedia y la Banca Catalana. O esas enciclopedias ilustradas que ya están por la T o la V y pondrán en la calle a otros cien O esos centenares de profesores de Enseñanza Media sometidos a régimen de interioridad y que van a lanzar su segunda oleada huelguística en los próximos días. O esos miles y miles de futuros profesionales conflictivos que llenan las aulas universitarias:

sin que nadie sepa muy bien qué van a hacer cuando sean ya graduados, o licenciados, o doctores, o intelectuales y escritores de firma, de librería en librería, apoyaos en el quislo de la mansebia.

Y si al menos hubiera hecho un buen día. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

«Historia del cine», de Román Gubern

Los acercamientos críticos a la historia del cine hechos hasta la fecha se han fundamentado, en su mayoría, en un planteamiento mítico del fenómeno cinematográfico. La dificultad de un entendimiento totalmente objetivo del lenguaje del cine, la teoría de «obra de autor», la capacidad que tiene el cine de recoger las llamadas e inconscientes proyecciones íntimas del espectador —y del crítico—, la escasa facilidad del historiador de revisar a su antojo las películas que le interesen son elementos que ayudan a una visión idealista de las películas que han compuesto los setenta y cinco años de historia del cine.

No es fácil encontrar entre la gran cantidad de libros escritos sobre la materia un análisis del cine que pueda concebir el fenómeno como derivación lógica de unos condicionamientos político-sociales, las trayectorias de los «autores» en función de la política de las diferentes productoras cinematográficas, la renovación del lenguaje como consecuencia de movimientos sociales no por poco evidentes menos reales.

Román Gubern, uno de los hombres más interesantes de la crítica de cine española, ha vuelto a editar (1) su «Historia del cine», aparecida hace un par de años en Editorial Danae. En aquella ocasión, el libro estaba basado en la edición de cientos de fotografías, a las que el texto de Gubern servía de base. Hoy, sólo el texto, con las limitaciones de un trabajo que no aparece lanzado tal como fue concebido, los planteamientos que Gubern hace de la evolución del cine, de sus momentos más importantes, sigue siendo uno de los pocos trabajos lúcidos que tratan de concebir el cine no como un hecho mítico y aislado, sino parte integrante de un conjunto de fenómenos que lo explican acertadamente y le dan valor histórico.

En dos tomos manejables, de fácil lectura y consulta, «Historia del cine», de Ro-

mán Gubern, es uno de los estudios más inteligentes que el cine ha tenido hasta ahora en España. ■ DIEGO GALAN.

(1) Editorial Lumen. Ediciones de bolsillo.

El último Borges: un patético daguerrotipo

En la *Biographia Literaria*, Coleridge distingue entre imaginación y fantasía, vinculando aquella con el símbolo y a ésta con la alegoría. El ámbito de lo alegórico está prefijado, predefinido, mientras que la imaginación, el símbolo, constituye un acto de duplicación de la realidad postulando otra, independiente y autónoma, pudiéndose establecer, a voluntad del artífice, conexiones que cualifiquen la polarización.

A lo largo de su carrera, Borges ha llevado a cabo una duplicación de una realidad en pleno proceso de desintegración, de decadencia, inventando un universo paralelo, sujeto a leyes propias, verificadas según una secuencia independiente de símbolos y ritos. En su último libro (1), el discurso borgiano toma un sesgo en el que la amargura y el escepticismo se perciben destilados —solitarios en una estepa desolada— hasta un extremo lacerante. ¿Cuál es la concepción del mundo que anima estos relatos y auspicia su invención? «Mis convicciones en materia política son harto conocidas; me he afiliado al partido conservador, lo cual es una forma de escepticismo, y nadie me ha tildado de comunista, de nacionalista, de antisemita, de partidario de Hormiga Negra o de Rosas. Creo que con el tiempo mereceremos que no haya Gobiernos. No he disimulado nunca mis opiniones, ni siquiera en los años arduos, pero no he permitido que interfieran en mi obra literaria, salvo cuando me urgí la exaltación de la guerra de los Seis Días». Sincera, paradójica, irónica afirmación.

Los relatos, cortos, que integran el libro son objeto de un tratamiento crudo, seco, componiendo una narración de instancias realistas, empañada por un profundo sentimiento de impotencia y renuncia, y por otro —más sinuoso— de litúrgico pavor ante el real y «mágico» («Hay otros mundos, pero están en este», dijo Eluard) acontecer humano.

El ritual del duelo, solucionado en otros relatos por elipsis y con los charcos como únicos testigos, aparece aho-

ra descrito con detenimiento y grávido de mágicas significaciones. En «El encuentro», dos hombres se retan y baten poseídos del sortilejo de dos armas, antiguas posesiones de dos hombres que, odiándose a muerte, jamás dieron el uno con el otro. En «Juan Muraña», una anciana, esposa de un cuchillero muerto, encarna el afán justiciero de su marido. «El Evangelio según San Marcos» constituye un exorcismo de ribetes casi chamánicos. El pasado proyecta sombras en el mandálico cerebro de Borges (un Idrasil en el que Mary Shelley y Tamerlan ayuntaron y ahora sólo reina Cellini con hábito cluniacense y citas cabalísticas), convirtiéndolo en un páramo transfigurado, en el que los símbolos, a través de un proceso de decantación, se transmutan en su propio espectro. Spengler hace una zalema al deán de S. Patrick. La historia protagoniza así un acto de inmolación del que resta como testimonio la minuciosa descripción de una épica frontera, cuya real invención únicamente permanece en estos trazos patéticos, dictados por Borges. ■ EDUARDO CHAMORRO.

(1) «El informe de Brodie». Emecé, 1970.

«Teorema»: investigación y libre discusión

A la vista, una muy importante publicación: «Teorema», dedicada a la investigación, ensayo y libre discusión de problemas de filosofía, dependiente del Departamento de Lógica y Teoría de la Ciencia e Historia de la Filosofía de la Universidad de Valencia. Reseñamos, por significativa, la composición del equipo editorial. Forman el consejo los catedráticos y profesores F. G. Asenjo, V. Bozal, G. Bueno, S. Ceccato, J. Jiménez Blanco, H. Frank, F. Kutschera, J. M. López Piñero, K. Lorenz, Emilio Lledó, J. M. Morales, J. Muguerza, V. Muñoz, C. París, P. Pascual, J. L. Píñillos, J. Rodríguez Marín, Ch. Thiel y E. Trias. La dirección corre a cargo de M. Garrido y F. Montero, y la secretaría, a cargo de J. L. Blasco y G. Quintás. El fascículo de presentación advierte que «el punto de vista de «Teorema» no es dogmático ni ideológico, sino crítico». Por considerar que estos focos de pensamiento crítico deben rebasar el marco estrictamente universitario, daremos cuenta a nues-

tros lectores del contenido de la nueva publicación cuando tengamos en nuestras manos el primer número.

CINE

Arrabal, cineasta

Un pueblecito andaluz; una familia —abuelos, padres e hijo— aparentemente feliz, aunque desposeída, es trágicamente desgarrada por el estallido de nuestra guerra civil. La madre, para evitar complicaciones, denuncia a su marido «culpable» de profesar ideas republicanas. Detenido y maltratado, el «rojo» se vuelve loco, se le interna en un manicomio de Burgos y, con un pijama por abrigo, desaparece por las estepas castellanas una madrugada nevada. Nadie supo nunca su paradero. Nunca lo supo Fernando Arrabal, hijo de esta pareja, traumatizado desde su niñez por el drama; por el recuerdo de un padre compañero, ca-

vence sus complejos con púretas aparentemente absurdas—; comprender las razones profundas de comportamientos que hemos criticado; excusar exhibicionismos fruto de esa timidez excesiva. ¿Cómo no aceptar, después de saber todo lo sucedido, al creador del «teatro pánico», su pavor cuando lo del dios Pan, de la gata «Patra» y de todo lo demás? De lejos le venía el pánico...

Pero «Baal Babilonia» no es sólo eso; ya no podría ser eso si no fuese una obra excepcional. Midiendo, pesando y calculando mis palabras, digo que se trata de una de las películas más importantes de las últimas décadas. Yo, que nunca sentí una simpatía excesiva ni una admiración desmesurada por Arrabal, creo que desde el «Potemkin» o «La ciudad de oro» no se han logrado imágenes de la ternura, poesía y violencia de «Baal Babilonia». Y esta opinión no es sólo mía; es la de André Peyre de Mandiargues, de Michèle Morgan, de Topor, de Lelouch, de todos los que asistimos a la proyección privada. Es también lo que piensa Nuria Espert, madre traidora y tierna en la película: «Es una experiencia ex-



«Baal Babilonia», de Arrabal.

rioso; de una madre autoritaria, miedosa y dulce, que le inspiró las primeras diversiones sexuales. Un Arrabal que, como el niño-héroe de su película «Baal Babilonia» («Viva la muerte»), caerá tuberculoso, será operado y, ya disminuido para siempre, sigue a trompicones la búsqueda de su padre traicionado.

Arrabal escribió el guión de la película basándose en su libro «Baal Babilonia», y él la dirigió. Esta obra autobiográfica nos permite conocer al verdadero Arrabal —hombre tímido e introvertido, que

traordinaria, de las que se presentan pocas veces en la vida de una actriz. Mi trabajo ha sido apasionante. Arrabal ha rodado de modo extraño, por largas secuencias, dejándose un enorme margen de confianza, y me ha podido sacar del fondo del corazón (no, no es de ahí de donde lo he sacado) todos mis posibles problemas, mi fuerza, mi rabia, mi desesperación. Pienso que es una obra maestra, y el solo hecho de haber estado allí, de haber colaborado, me llena de satisfacción y orgullo. ■ R. L. CH.